EN PALACIO

NOS ENCONTRAREMOS

EN PALACIO

NOS ENCONTRAREMOS

Suso Castro

nowtilus

Colección: Narrativa Nowtilus
www.nowtilus.com

Título: En Palacio nos encontraremos
Autor: © Suso Castro

Copyright de la presente edición © 2007 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Opalworks
Diseño y realización de interiores: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9763-903-3

A mis padres, sin cuya colaboración
no hubiera podido nacer.

A Beatriz, por el tiempo que escribir esta novela me privó de estar junto a ella y, sobre todo, por los dos hijos que me ha dado,
Daniel y Guillermo, orgullo y pasión de su padre.

A todos los demás, querida familia y amigos, primeros lectores de esta novela, por vuestras generosas críticas y los ánimos insuflados para publicarla.

A todos los que se han ido antes de que pudiera compartir con ellos esta apasionante experiencia.

Índice

Capítulo 1 11

Capítulo 2 17

Capítulo 3 23

Capítulo 4 29

Capítulo 5 37

Capítulo 6 47

Capítulo 7 55

Capítulo 8 63

Capítulo 9 69

Capítulo 10 81

Capítulo 11 89

Capítulo 11 97

Capítulo 13 103

Capítulo 14 113

Capítulo 15 121

Capítulo 16 131

Capítulo 17 141

Capítulo 18 157

Capítulo 19 165

Capítulo 20 173

Capítulo 21 185

Capítulo 22 193

Capítulo 23 199

Capítulo 24 211

Capítulo 25 223

Capítulo 26 239

Capítulo 27 253

Capítulo 28 271

Capítulo 29 281



1

Madrid, a 15 de Septiembre de 2006

A quien corresponda:

Me llamo Antonio Mas Rincón y pretendo que esta carta sea traspasada de padres a hijos hasta que llegue a manos de la persona adecuada.

Convencido de que en el futuro serán posibles los viajes en el tiempo, he creído que sería una buena idea citar en mi presente a aquel de vosotros, o de vuestros contemporáneos, que tenga la fortuna de vivir en la época en la que por fin se consiga convertir en realidad lo que ahora es solo un sueño. Así de sencillo.

Y así de complicado; porque intuyo que durante mucho tiempo esta clase de viajes continuarán siendo una utopía, tan solo una imagen creada por nuestra fantasía, una ilusión de la que se seguirán valiendo escritores y cineastas para el disfrute y entretenimiento de nuestras mentes.

Pero, antes de continuar, en consideración a todos aquellos que no me hayan conocido, me presentaré aunque sea muy brevemente, sin

entrar en detalles sobre mi persona, pues temo que estos solo servirían para interferir en el que debe ser nuestro objetivo común: conseguir que se materialice la cita que propongo; el resto es anecdótico. Sí creo que es importante, sin embargo, que sepas que no estoy loco, aunque al leer las primeras líneas de esta carta te hayas podido llevar esa equivocada impresión. Y aunque no tenga forma material de demostrarlo, una buena prueba de mi cordura es que este mensaje haya llegado a tus manos, ¿o acaso piensas que los que sí me conocieron se hubieran prestado a participar en el juego de no haber estado yo en mi sano juicio?

Es cierto que tampoco soy un gran artista, ni un lúcido científico o un valiente explorador, ni siquiera un personaje famoso de mi época. Soy sin más, aunque no es poco, un ciudadano del mundo, afortunado de haber nacido en su lado bueno, hijo de unos padres reconocidos y cariñosos, con un trabajo que me permite vivir satisfactoriamente sin que me sobre el dinero, que tiene amigos con los que compartir algunos buenos momentos y sin más preocupaciones que las propias de una vida civilizada; es decir, bien puede afirmarse que en mi entorno soy considerado una persona de lo más normal. Al menos hasta ahora, pues es muy probable que tú, lejano lector y destinatario de esta carta, ayudes a que se modifique este concepto tan modesto y real que tengo de mí mismo.

También debes saber que planteo este reto a título individual; pero no por ello vayas a pensar que tiene menor importancia, pues debes creerme si te digo que es vital que se produzca el encuentro. Si estoy equivocado y los viajes en el tiempo continúan siendo una quimera que se prolonga hacia el infinito, no habrá nada que hacer. Pero si no es así, si tan maravilloso logro llegara a alcanzarse, aunque sea dentro de trescientos, quinientos o mil años, y no ponemos todo lo que esté de nuestra parte para provocar la ansiada unión entre presente y futuro, estaremos perdiendo una oportunidad única de hacer algo que muchas generaciones nos agradecerán. Debéis perdonarme si no soy más explícito en este sentido, pero creo que dar más detalles resultaría contraproducente.

Mientras la carta alcanza su destino final habréis participado en este proyecto un número de intermediarios que no puedo imaginar.

Supongo que ya vuestros padres os habrán informado puntualmente acerca de la naturaleza de este asunto y que, por tanto, no os cojo por sorpresa. Esto habrá sido así siempre y cuando el proceso se haya desarrollado bajo unas condiciones ideales. Pero soy consciente de que eso es muy difícil y de que también puede haber ocurrido que en algún momento del incierto periplo de esta carta hacia el futuro se haya roto la cadena, apareciendo hoy ante tus ojos de manera asombrosa, mientras curioseas entre unos viejos legajos o haces limpieza en el trastero de tus abuelos. Hasta es posible que ni siquiera seas descendiente mío y que las hojas que ahora lees constituyan el único nexo de unión entre nosotros dos. Si ese es el caso, y ya que no puedo apelar a los lazos familiares, te suplico con especial elocuencia que accedas desde este mismo instante a convertirte en partícipe de este plan como si fueras hijo de mis hijos, aceptando hasta las últimas consecuencias las obligaciones que de ello se derivan.

Yo, por mi parte, voy a poner todo el empeño del que soy capaz para que este proyecto de tan alto potencial llegue a buen fin y os garantizo que podéis confiar plenamente en mí, aunque solo sea porque soy el abuelo de todos los abuelos. En cuanto a vosotros, creo necesario animaros a participar con mucha ilusión y amplitud de miras, sobre todo teniendo en cuenta que es razonable que algunos penséis que trato de implicaros en una empresa imposible, pues en el más que probable dilatado espacio de tiempo que transcurrirá hasta que alguno pueda considerarse destinatario final, infinidad de factores pueden interferir en contra del correcto desarrollo del encuentro. Además, hay que tener en cuenta que las primeras generaciones, las menos evolucionadas, serán las más difíciles de convencer de la bondad de la idea. Pero salvado ese primer escollo, ya sea por lealtad al que llevó vuestra misma sangre o por un generoso ejercicio de responsabilidad, confío en que haréis todo lo que esté en vuestras manos para superar cualquier dificultad que surja en el camino, de manera que poco a poco conseguiremos ir acercándonos al objetivo.

Por otra parte, el asunto es bien simple, ya que lo único que se requiere es que se fijen con precisión los detalles necesarios para que el encuentro se produzca con todas las garantías. Y eso es lo que me dispongo a hacer a continuación.

He decidido que la reunión tenga lugar a las 10 de la mañana, hora oficial en España (las 9 horas de Tiempo Universal), del día 3 de Noviembre del año 2007. La ciudad elegida para la celebración de tan importante evento ha sido Madrid, donde yo resido en el momento de redactar esta carta; y el punto concreto donde debemos encontrarnos es el centro geométrico de la Plaza de la Armería del Palacio Real que, para más señas, se halla situado en el punto de latitud 40º 25' 02, 3 Norte y de longitud 3º 42' 49, 6 Oeste, medidas referidas al Ecuador y al Meridiano de Greenwich. Identificarme será fácil, pues en la fotografía que acompaña a esta carta aparezco vestido con la misma ropa con la que me presentaré a la cita.

Llegados a este punto considero necesario sugerir que, puesto que tanto el manuscrito como la fotografía pueden sufrir un considerable deterioro a lo largo de los años, sería conveniente que quien lo detectase pusiera el remedio técnico adecuado para solventar el problema.

Pienso que no es necesario añadir nada más. Si acaso resaltar la importancia que tendrá este experimento, no solo para vosotros o para mí, sino para toda la humanidad, e insistir en el ruego de que sembréis entre vuestros descendientes la misma ilusión que llevó a este antepasado vuestro a iniciar tan ambicioso proyecto. El esfuerzo de todos nos permitirá alcanzar la gloria únicamente reservada a los valientes.

Me despido de todos vosotros con un fuerte abrazo y el deseo y la esperanza de un feliz viaje a quien corresponda.

Antonio firmó y respiró tranquilo. Llevaba varios días dándole vueltas a una idea que había surgido de la manera más tonta y que en vez de esfumarse inmediatamente, como hubiera cabido esperar, se mantuvo con tanta persistencia que llegó a obsesionarle hasta límites insospechados y le obligó, finalmente, a tomar la decisión de plasmar por escrito el resultado de sus cavilaciones. Ahora ya podía decir, tras varios borradores, que se encontraba ante el documento definitivo, totalmente limpio y resplandeciente, repartido en cuatro hojas blancas tamaño DIN A-4 de calidad superior que descansaban, desplegadas y perfectamente alineadas, encima

de su escritorio. Sobre ellas, unas esmeradísimas letras azules, fácilmente confundibles con trazos de imprenta, alegraban en líneas paralelas las relucientes superficies. Y es que, aunque hubiera resultado mucho más práctico editar el texto en el ordenador y después sacarlo por la impresora, pensó que escribirlo a mano le daba un aire mucho más auténtico y personal. Pero como era tan perfeccionista, no descansó hasta considerar que el escrito era ya imposible de superar en su fondo y en su forma. Y así estaba ahora la papelera, llena hasta arriba de pelotillas arrugadas.

Tras colocarse correctamente las gafas, con un movimiento rápido y preciso, sobre el puente de la nariz, sopló concienzuda y equitativamente sobre las cuatro hojas, cuidando mucho de que no se le escapara ninguna salivilla que pudiera emborronar su trabajo. Después, cuando creyó que la tinta ya estaría seca, las colocó en orden y empezó a leer pausadamente y en voz alta, recreándose tanto en la estética de la grafía como en la claridad, precisión y concisión de su contenido. Rebosaba orgullo por los cuatro costados: no sabía de nadie que hubiera resuelto enigma tan complicado con tan magistral sencillez; si algún día se llegaba a viajar hacia atrás en el tiempo, él sería el primero en saberlo. Y todo ello sin necesidad de contar con nada ni con nadie, tan solo con su genial idea y una inquebrantable voluntad de llegar hasta el final.

Cuando acabó de leer, se detuvo durante unos segundos a valorar su propia rúbrica —nada que objetar, pues se veía firme y rotunda—, y quedó tan satisfecho con el resultado del conjunto que no pudo evitar esbozar una sonrisa. Depositó entonces suavemente sobre el escritorio la gruesa pluma estilográfica que había estado acariciando entre los dedos. Pero no la dejó de cualquier forma, sino que lo hizo muy ceremoniosamente, como queriendo ceder a su cómplice y testigo mudo parte del protagonismo en ese momento histórico que juntos estaban viviendo. Pues aunque

allí no había nadie más, y se hacía difícil imaginar presencia alguna a causa del absoluto silencio que reinaba en la estancia, Antonio se sentía impulsado a actuar como si todos sus movimientos estuvieran siendo atentamente seguidos en directo por millones de telespectadores.

Lo cierto es que no era para menos, pues había firmado el que sin duda sería el más importante manuscrito de su vida. La carta, aunque tremendamente simple, podía marcar un punto de inflexión en la Historia de la Humanidad, de manera que cabía equiparar en trascendencia al acto de convocar la reunión con el hecho de que esta se celebrara unos meses después. Así que, consciente de la responsabilidad que asumía a partir de entonces, empujó la silla en la que estaba sentado hacia atrás, separándose de la mesa, cruzó la pierna derecha sobre la izquierda, arqueó el tronco y se llevó las dos manos detrás de la cabeza, sujetándola firmemente. Esa postura, que denotaba claramente una gran confianza en sí mismo, le ayudó a relajarse y fue entonces cuando comenzó a recorrer mentalmente el camino que le había llevado a disfrutar de tan singular experiencia.



2

Aunque era incapaz de situar con precisión el día en que había surgido la idea, sí recordaba que lo había hecho de forma espontánea, sin que mediaran factores externos que favorecieran su aparición ni hubiera obrado por su parte esfuerzo intelectual alguno. En un principio dejó que revoloteara un poco por allí, esperando a ver si le mostraba más detalles, pero aparte de la impresión de que se trataba de una ocurrencia original, no consiguió mayor inspiración y optó por alejarla de sus pensamientos. No era la primera vez que le pasaba algo similar. En otras ocasiones ya había tenido ideas que él mismo calificó en principio como brillantes; ideas que, de repente, se le plantaban delante, augurándole con enfermiza obstinación un futuro de fama o dinero —o de ambas cosas a la vez—. Pero a poquito que escarbaba en ellas su ímpetu inicial se iba diluyendo irremediablemente y tenía que acabar reconociendo que en ningún caso le iban a servir para alcanzar la gloria y el esplendor soñados. En consecuencia, jamás llegó ni siquiera a intentar la materialización de ninguna de ellas y, al

final, todo se quedaba en una o dos noches de insomnio perdiendo el tiempo en la maquinación de absurdos e inútiles planes.

Sin embargo, en contra de lo habitual, sucedió con esta que a ratos volvió a insistir, apareciéndose insinuante en los momentos más insospechados para tratar de convencerle de su genialidad. Y así, casi sin quererlo, se descubrió a sí mismo en más de una ocasión fantaseando con la idea de diversas formas y adornándola de muy variados matices. De manera que, tan pronto se veía viviendo el emocionante instante del encuentro con el viajero del futuro, como se imaginaba acompañándole de paseo turístico por Madrid mientras intercambiaban cientos de preguntas y respuestas sobre sus respectivos mundos. Caminando por las viejas calles del centro, y a lo largo de las grandes avenidas plagadas de rascacielos del moderno Madrid, le iba contando de primera mano la historia que él había vivido, a cambio de ser guiado por su descendiente a través de un retrospectivo y surrealista recorrido por los principales rincones del planeta, en los que recibía noticia de interesantísimos sucesos que todavía estaban por llegar.

Aunque en la escena en la que más le gustaba recrearse era aquella en la que se veía subiendo al estrado de un gran salón de conferencias para reclamar la atención de un numeroso grupo de eminentes científicos que, reunidos con motivo de la celebración de un prestigioso seminario, discutían vehementemente sobre la posibilidad de que en el futuro la materia pudiera viajar a través del tiempo.

—¡Silencio, por favor! ¡Señoras y señores! ¡Ladies and gentlemen! ¡Por favor, escuchen un momento! Nada más lejos de mi intención que ofenderles, pero lamento anunciarles que están ustedes malgastando su precioso tiempo, perdiéndose entre fórmulas y teorías que no les conducirán a ninguna parte. La solución es mucho más sencilla de lo que imaginan y yo se la voy a resumir en una frase: si no somos

capaces de viajar a través del tiempo camino al futuro, hagamos que sea el futuro el que venga a nosotros, ¡convoquemos al futuro en el presente!

Aquella gente quedaba tan impresionada que, después de digerir su simple pero demoledor razonamiento en unos segundos de angustioso silencio, estallaba en aplausos y vítores tan atronadores que a punto estaban de echar abajo el auditorio. En otras ocasiones se deleitaba con una reunión más discreta, aunque, para compensar, daba cabida en ella a personal más selecto; o creía escuchar que las alabanzas que le rendían eran más sentidas y cariñosas. También era capaz, si se lo proponía, de introducir citas históricas en mitad de su discurso o de pronunciar frases de lo más impactantes. Incluso podía intervenir como conferenciante invitado y no como espontáneo impetuoso. Eso sí, en cualquiera de los distintos escenarios imaginados, todos los que le oían hablar quedaban fascinados por la contundencia y sencillez de los argumentos con que él, Antonio Mas Rincón, resolvía un misterio que hasta entonces había resultado indescifrable. Y la verdad es que era divertido.

Pero según transcurrieron los días, lo que empezó siendo una inocente idea se fue complicando y enredando hasta el punto de convertirse en una molesta obsesión de la que no podía desprenderse, llegando a sentirla como una especie de cuerpo viscoso constantemente pegado a su cerebro, que se endurecía justo cuando trataba de conciliar el sueño y se ponía a latir arrítmicamente, para fastidiar aún más, en cuanto se despertaba por las mañanas.

Así que ante tanta insistencia y convencido de que estos indicios eran un claro síntoma de que lo que quería la puñetera idea era hacerse notar, acabó rindiéndose ante la evidencia y llegó a pensar en ella con un mayor juicio y a plantearse proyectos más realistas. De ellos, los que pasaron el primer filtro fueron el de divulgar la susodicha a través de los medios de comunicación y el de exponer razonadamente su teoría en algún organismo científico.

Aunque si uno lo pensaba bien, la cosa no era tan sencilla, pues, de momento, no sabía ni por dónde empezar. ¿Qué organismo, ya fuera público o privado, podría estar interesado en su idea? ¿Le atenderían, por ejemplo, en el Centro Superior de Investigaciones Científicas? ¿Y en qué departamento o sección? ¿Tendría que cursar una instancia o preguntar directamente en el mostrador de información por el negociado responsable de los viajes en el tiempo? En cualquier caso era bastante improbable que le recibieran si no era capaz de aportar alguna prueba que garantizase la viabilidad de su proyecto, por muy original que fuera. Asimismo, dudaba sobre qué sería mejor, si exponer su teoría antes de hacer el experimento o esperar a disponer de los resultados. En el primer supuesto se arriesgaba a que lo tomaran por loco —o lo que aún era peor, por tonto— y que nadie quisiera escucharle; pero claro, para lo segundo sería preciso contar con la complicidad de algunos testigos, y no creía que sirvieran sus amigos, por lo que volvía a encontrarse en la misma tesitura, es decir, la dificultad de convencer a alguien de que estaba hablando en serio. Y, por otra parte, nadie le garantizaba que fuera a cruzarse en su camino un funcionario ruin, ávido de dinero y dispuesto a arrebatarle la idea; o el típico y avieso listillo que, agazapado tras un disfraz de inventor despistado y bonachón, hubiera estado toda la vida esperando una oportunidad como esta para hacerse con la genial idea y saltar así a la fama. A este respecto se preguntaba si sería posible patentarla. Creía que no, pero estaba dispuesto a hacer las averiguaciones necesarias.

En cuanto a lo de dar a conocer su idea a través de la prensa, la radio o la televisión, el miedo que sentía no era precisamente a la apropiación indebida. Reconocía que era miedo al ridículo. Miedo a que en todo este asunto pudiera existir algún detalle que se le escapara, que no hubiera sido capaz de ver; cualquier nimiedad que convirtiera su idea en un absurdo total y dejara al descubierto, de manera inequí-

voca, su extrema estupidez. Entonces no valdría la tan recurrente excusa de tacharse de despistado.

—¿En qué estaría pensando? ¿Pero cómo es posible que no tuviera en cuenta algo tan simple? ¡Cuánto lo siento! Les ruego que me perdonen por las molestias que les haya podido causar. Sigan con sus investigaciones, por favor. Estoy seguro de que están en el camino correcto. Si ya me lo decía mi madre: ¡un día de estos te vas a olvidar la cabeza en casa! —gritaba mientras dos guardias de seguridad le sacaban en volandas del Palacio de Congresos y Exposiciones amenazándole con partirle las piernas si se le ocurría volver a interrumpir.



3

La desazón de Antonio, que vivía sumido en la incertidumbre, fue creciendo a medida que transcurría el tiempo y se veía incapaz de tomar una decisión en uno u otro sentido, pues a pesar de que las múltiples dudas le aconsejaban, a ratos, olvidarse de todo, otras veces una especie de quemazón o fuerza interior le apremiaba a seguir adelante, no ya por el simple hecho de acabar de una vez por todas con aquello y quedarse tranquilo, sino porque en el fondo no quería que su idea se quedara solamente en eso. Como había ocurrido tantas otras veces. Además, ya era hora de dar un giro a su anodina existencia. Desde bien pequeño venía soñando con ese momento de gloria que ansían todas las personas y su idea tenía toda la pinta de ser de esas que le sacan a uno del estado de permanente y sobrada normalidad.

Tras un nuevo esfuerzo, acabó comprendiendo que lo que más le asustaba de todo el asunto era la publicidad de sus pensamientos, el que pudiera quedar al descubierto lo tonto y simple que era. Y así llegó a la conclusión de que para salir de aquel atolladero en el que se había metido no le quedaba más remedio que erigirse, de momento, en protagonista solitario

de su propia historia. Sería duro tener que enfrentarse sin ayuda a un reto de tanta envergadura —pensó entonces—; y muy triste no poder compartir, al menos con los seres más queridos, unas emociones que presumía extremas. Pero renunciando a esos privilegios la jugada quedaba redonda: conseguía el doble objetivo de evitar el riesgo de convertirse en blanco de las burlas de sus semejantes e impedía que algún desalmado pudiera aprovecharse ilícitamente de la gloria que solo a él le correspondía.

Ahora, sentado aún en la silla y con la mirada fija y desenfocada sobre las hojas recién escritas, Antonio recordaba que fue una vez que tuvo claro que debía acaparar las funciones de guionista, actor y director, cuando se habían renovado sus ilusiones y recargado sus energías. Aquella decisión había supuesto una liberación temporal para su cuerpo y para su mente, permitiéndole, al fin, centrarse en la elaboración de un plan concreto.

Aunque también era justo reconocer que resultó más difícil de lo esperado. Si Antonio hubiera sido una persona menos exigente habría hecho lo que tenía pensado y punto. Sin más complicaciones. Sin darle más vueltas. Pero Antonio era de esas personas a las que les gustaba hacer las cosas bien; y si no, no las hacía. Por eso, en cuanto se puso a trabajar seriamente en el proyecto y profundizó en la idea fue inevitable que surgieran nuevos y descorazonadores escollos en forma de interrogantes. Se preguntaba cosas tan dispares como por qué, si se había conseguido fabricar una máquina del tiempo, no habíamos recibido ya la visita de algún individuo del futuro; o cuáles eran sus posibilidades de éxito teniendo en cuenta que él era un sencillo y anónimo ciudadano español. Quizás todo hubiese sido más fácil de haber nacido estadounidense o japonés.

Estas, y otras muchas y variadas cuestiones que enturbiaban su sentido común parecían surgir para poner a prueba, una vez más, la fortaleza de su ánimo. Él consideraba que para

embarcarse en la aventura lo primero que necesitaba era estar plenamente convencido y seguro de sus posibilidades de éxito. Por tanto, era preciso liquidar previamente todas las dudas al respecto. Pero por mucho empeño que puso, pasó aún algún tiempo perdiéndose en disquisiciones que no le conducían a nada y gastando unas preciosas energías en la búsqueda de argumentos favorables a sus intereses. Y aunque a veces los encontraba, lo malo era que al poco se le embarullaban todos de tal forma que, aprovechando el desorden, volvían a escapar.

No consiguió amarrarlos hasta el día en que decidió enfrentarse al problema de la manera más natural que conocía: realizando un análisis metódico de la situación y, sobre todo, dejando después constancia escrita de los resultados. Para ello, tal y como posteriormente haría con la carta, empleó varios borradores antes de quedar conforme con la definitiva, clara y ordenada expresión de sus pensamientos.

Entonces, para continuar con el repaso cronológico del proceso vivido, tuvo que levantarse de la silla para poder alcanzar un tomo de la "Historia de España" que descansaba, junto a otros once, en lo alto de una estrecha estantería de madera de pino. Allí, escondidas entre las páginas del titulado "Descubrimiento, colonización y emancipación de América", se encontraban las dos hojas que, en sus cuatro caras, contenían los fundamentos en los que habría de basarse para dar por buena su teoría y, en consecuencia, poder involucrarse en el proyecto con todas las bendiciones. A continuación, tras desdoblar las dos hojas, leyó despacio; en voz alta por segunda vez en aquella noche, y esforzándose en pronunciar correctamente, incluso mejor que si estuviera presentando el telediario.

1. El hombre demostró en 1969 que disponía de la tecnología adecuada para llegar a la Luna y, sin embargo, la consecución de este logro no implicó que a partir de entonces se originara un flujo cons-

tante de personas desde la Tierra hacia su satélite. De hecho, solo seis de las distintas tripulaciones del proyecto "Apolo" —una docena de hombres en total— tuvieron la suerte de pisar su superficie. Es más, desde que el seis de diciembre de 1972 fuera lanzado el Apolo 17, ningún otro vehículo tripulado ha vuelto a posarse allí. Así que aunque no existan dudas relativas a la capacidad tecnológica de situar a personas y máquinas sobre la Luna, lo cierto es que, de momento, no hay planes para repetir la experiencia y el programa espacial continúa por otros caminos.

Para el caso de los viajes en el tiempo cabría pensar en algo similar, es decir, que se invente una máquina para viajar hacia el pasado no nos llevaría a un uso frecuente e indiscriminado del mecanismo. Más bien parece lógico suponer que sería utilizado por un número muy limitado de personas, en cuyo caso deben contemplarse tres posibilidades:

1.1 El, o los viajes de los hombres del futuro se realizaron a épocas anteriores a la presente, por lo que no es de extrañar nuestro desconocimiento al respecto, pues estoy seguro de que la incultura y escasez de miras de nuestros antepasados se erigirían en un muro infranqueable ante tan insólita situación. De este modo, lo más probable en este supuesto es que el audaz viajero acabase quemado en alguna hoguera, acusado de hereje y sin tan siquiera haberse ganado el merecimiento de figurar en el anecdotario popular.

1.2 El viaje se hará a una fecha futura, más cercana a la del invento, por lo cual nuestra ignorancia resulta obvia.

1.3 El primer viaje tendrá como destino una fecha de nuestro presente, seguramente la fijada por mí, pues no cabe duda de que es preferible encontrarse con alguien prevenido y dispuesto a colaborar, que se ha ofrecido como voluntario incluso antes de que ellos se plantearan la posibilidad de realizar el viaje, que con cualquier otro individuo cogido por sorpresa y del que no existen ni antecedentes ni garantías de que vaya a cooperar.

2. Parece lógico pensar que, en un principio, los viajes a épocas muy separadas sean irrealizables. Me imagino que las primeras pruebas consistirán en enviar a algún animal unos segundos o, como mucho, unos pocos minutos hacia atrás. Después se realizarán los primeros

ensayos con humanos y, si todo va bien, se avanzará hasta que sean días, meses o años los que puedan recorrer los pasajeros. En el caso de largos trayectos en el tiempo podrían existir problemas con el regreso. Es de suponer que, para poder volver a su origen, habrá que disponer de parecidos mecanismos tanto en el tiempo de partida como en el de llegada, lo cual no parece sencillo. De cualquier forma, las opciones que hay son dos:

2.1 Si no hay esperanza de vuelta, lo razonable sería que el número de experiencias fuera limitado y, por tanto, se puede aplicar todo lo expresado en el primer punto.

2.2 Si resulta que todo son facilidades para viajar de uno a otro lado, entonces no queda más remedio que aceptar que se organizarán viajes masivos, mitad científicos mitad turísticos. E incluso no habría que descartar la posibilidad de que hombres y mujeres del futuro estén ahora mismo creando colonias en su pasado, entre el que cabría considerar nuestro presente. Aunque sea pasar de un extremo a otro, hay que tener en cuenta esta circunstancia que, lejos de mermar mis opciones, puede que hasta las aumente, pues no solo hay que pensar en que siempre tendrá que efectuares un primer viaje, sino también en que, a más viajes, más posibilidades tendré de ser visitado.

Para aclarar conceptos conviene en este punto resumir y combinar todo lo que he escrito hasta ahora, estableciendo una hipótesis a partir de la cual se pueda empezar a trabajar. Por ello he decidido considerar como más probable que el primer viaje, ya sean pocos o muchos, se efectúe con la finalidad de reunirse conmigo. Pero incluso en el caso de que no sea así, o de que aún siendo así sobrevenga la circunstancia de que con posterioridad a nuestra cita se realice otro viaje a una época anterior a la mía, y surja entonces el interrogante de a quién han visitado primero, pues lo que para ellos ha sido después para mí ha sido antes, la conclusión a la que se llega invariablemente es que todo se guarda en secreto, lo cual no reduce mis posibilidades de ser visitado, pues nada tiene que ver una cosa con la otra.

Antonio, después de leer este último párrafo se detuvo mosqueado porque algo había llamado su atención. Lo releyó

despacio, esta vez sin abrir la boca, y cayó en la cuenta de que su carta, esa carta que creía perfecta, que tanto le había costado redactar, de la que se sentía tan orgulloso hasta hacía poco y que aún yacía con la tinta fresca, recién desvirgada la blancura de sus cuatro hojas, pues resultaba que no era tan perfecta. Había quedado incompleta.